



P  
K  
U  
M  
A  
Y

LAPIZ

Mariano Foix  
1903

Número 129

# Los canastos

ENTRE hacer un pequeño servicio que apenas deje huella en la memoria del beneficiado ó hacer un grave daño que le deje profundo recuerdo, elegid lo segundo. Os contaré lo que me sucedió una tarde de invierno con un pobre hombre llamado Vassielich.

Os juro que soy bueno, soy un buen padre de familia, soy un buen marido, pero es sólo en la época en que brilla el sol en este cielo brumoso. Oh, la bruma invernal me hace daño y me convierte en malvado. Si yo fuera *poppe* en verano rendiría culto á Dios, pero en invierno le volvería la espalda y me entregaría en cuerpo y alma al demonio. Siento que en invierno le amo, que se introduce en mi ser, que estruja mi espíritu y aviva el fuego de los malos instintos; entonces me siento nihilista, capaz de ser ladrón y asesino, lo rojo me enerva y lo afilado y agudo me fascina. Cuando llega la época de las primeras nevadas, mi mujer me dice:

—Marcof, padrecito mío, ya las malas ideas comienzan á fulgurar en tus ojos. Ya viene el tiempo en que no vives sino gruñendo y blasfemando, y en el que nos aporreás á tus hijos y á mí. Mira, no te alejes de la estufa, porque el hielo te hace malvado...—

Pero decía que iba á referiros una aventura que tuve: ya lo había olvidado. Escuchadme.

Iba yo una tarde caminando con mi pipa en la boca, por un largo y estrecho puente. Un carretero sordo llamado Vassielich seguía el mismo camino conduciendo en su carro más de veinte canastas de pescado fino, que diferentes dueños le habían comisionado para que lo llevara al mercado para la venta del siguiente día. El carro, á causa de la curvatura del puente, se inclinaba hacia el borde dere-

cho, pero no había peligro de que cayese, porque el pretil era lo suficientemente alto para impedir la caída. Con todo, hubiera querido darle un buen susto á Vassielich. Creedme que no soy malo, pero deseaba con toda mi alma darle un susto, aunque no fuera sino arrojarle con carreta y todo al río. De repente, la cuerda que sujetaba los canastos se rompió ó desató... A fe que sentí un vuelco en el corazón. El puente es estrecho y largo; el carro caminaba despacio y saltaba mucho; el suelo del puente tiene una inclinación bastante sensible del centro hacia los bordes... A los pocos segundos ¡pum! Uno de los canastos se desprendió, cayó pesadamente sobre el pretil y de allí al río. Lo ví caer y una voz muy débil me murmuraba dentro algo así como: «Avisa á ese infeliz carretero que su carga se va al río.» Pero el invierno me gritaba más alto: «Cállate, hombre; límitate á mirar, ¿no es curioso y entretenido ver caer veinte canastos uno detrás de otro, como si fueran una manada de carneros?» Y la verdad es que preferí esto. Ciertamente Vassielich era un buen hombre que jamás me había hecho daño alguno, que iba á sufrir mucho con esta desgracia, pero ¿á mí qué me importaba eso? ¿Perdía yo algo con el desastre de Vassielich? No, al contrario, ganaba una diversión durante el trayecto del puente que tiene unos cien metros de largo. Callé y ví caer la segunda canasta, luego la tercera y la cuarta y la quinta y otras muchas. El pobre Vassielich, sea porque fuera sordo ó porque iba distraído, no advirtió el ruido delicioso que hacían los canastos al romper la superficie ondulosa del río haciendo saltar chorros de espuma. El caballo advirtió mejor lo que pasaba, pues, al sentir el carro menos pesado, aligeró el paso. Cuando llegamos al término del puente corrí hacia la carreta.

—¡Eh, Vassielich, amiguito!...—

El carretero no me oía; tuve que avanzar más y tocarle la pierna con el extremo de mi pipa, gritándole:

—¡Vassielich! ¡Vassielich!...

—Eh ¿qué deseas? Tengo prisa...

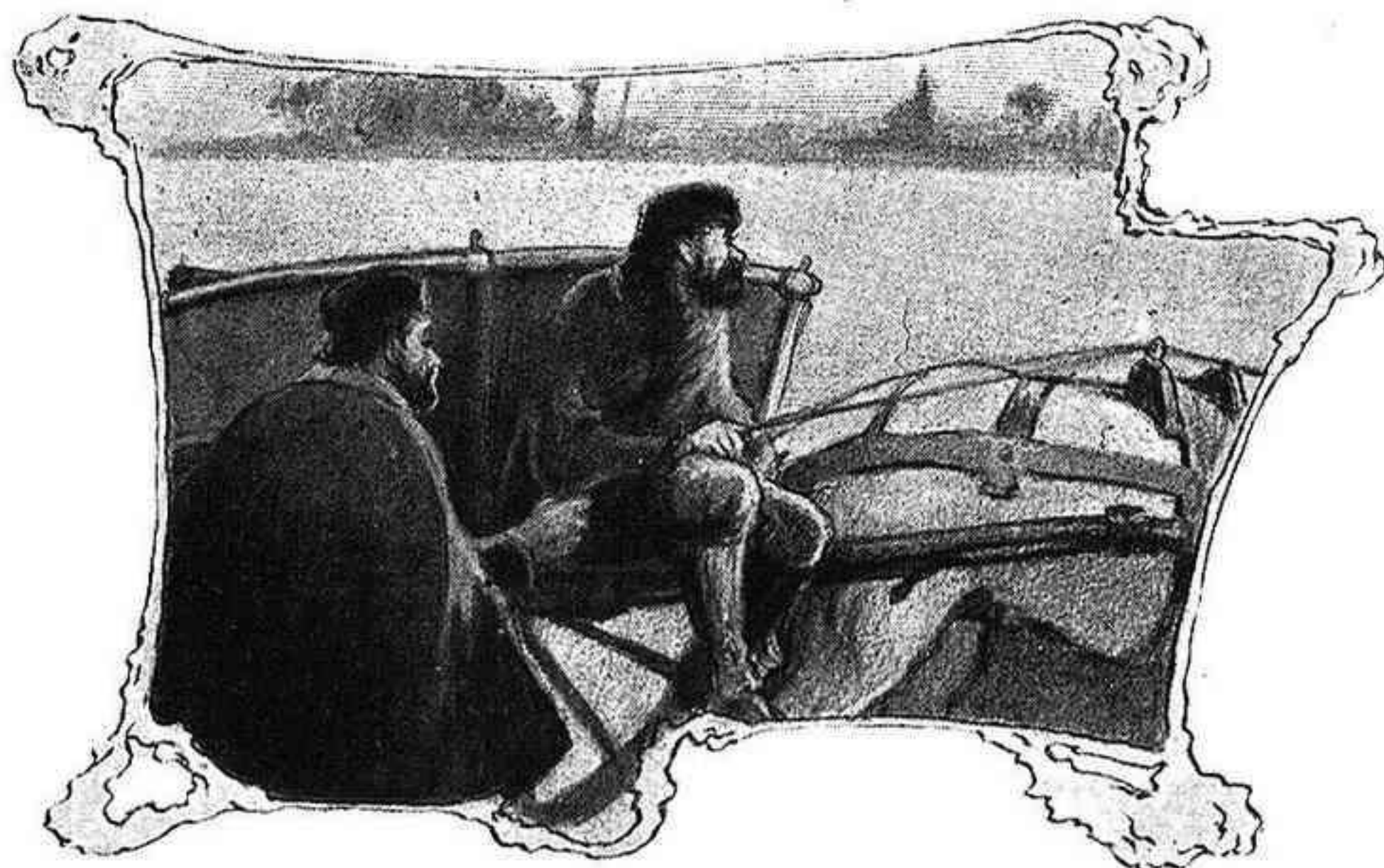
—¡Ay, padrecito! No la tengas ya, porque voy á comunicarte una gran desgracia.

—¡Dios de Dios! ¿Ha muerto Iva-nowna, mi mujer?

—No, te juro que no; es algo peor y de más trascendencia social.

—¿Ha muerto el Czar?

—Eh ¡así reventará!...



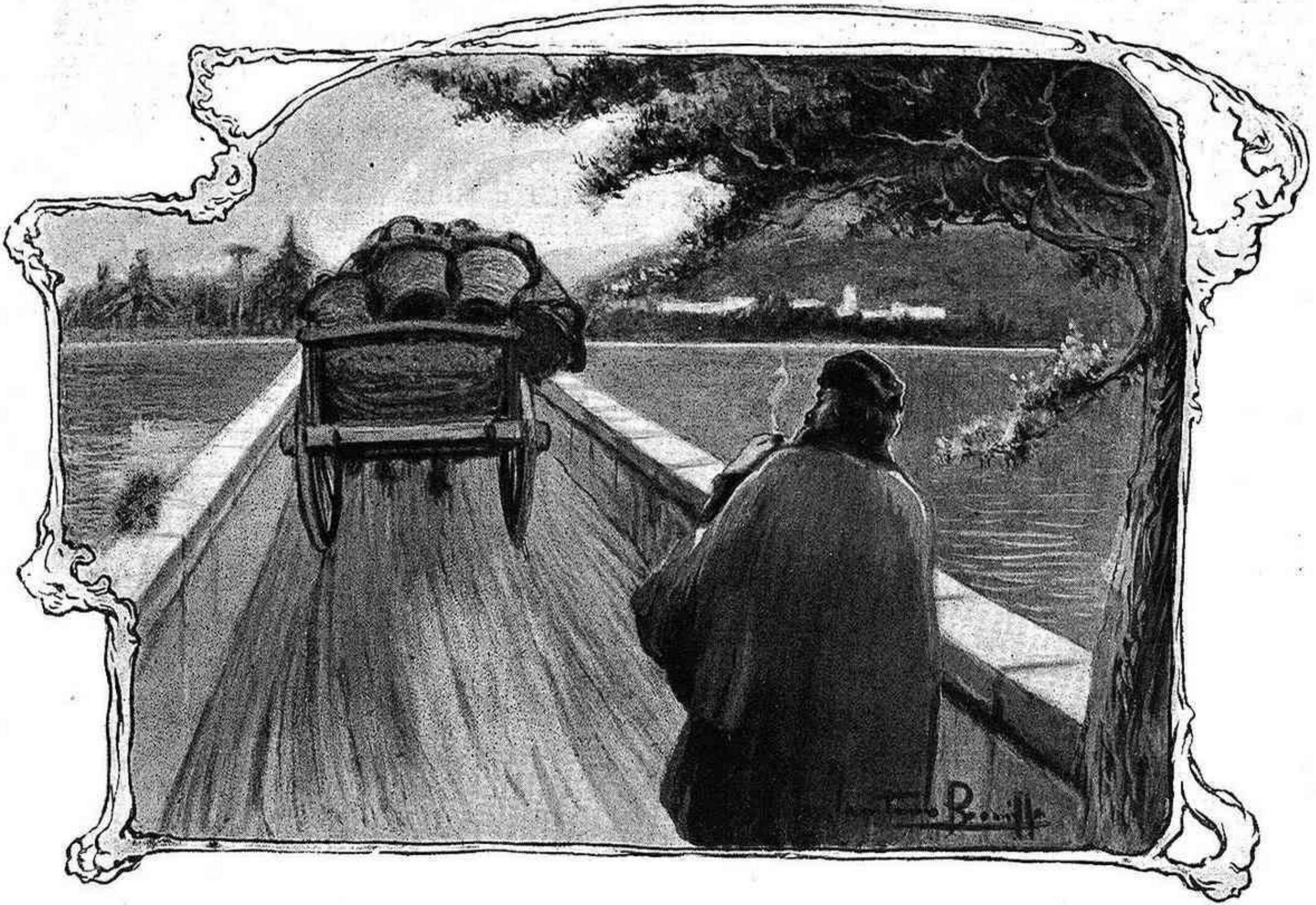
— Habla, habla.  
 — Pues, detén el carro, que es algo grave lo que tengo que contarte.  
 — Pero... ya va á anochecer y tengo prisa en llegar á la ciudad.  
 — No la tengas ya.  
 — ¿Por qué? Habla. ¡Dios de Dios! — exclamó Vassielich impaciente deteniendo el carro.

Yo encendí lentamente mi pipa que se había apagado.

— Te decía, padrecito, que no tuvieras prisa en ir á la ciudad... Ya verás si tengo razón.

— ¡Maldición! Pero ¿por qué?...

— Porque... Créeme que me duele decírtelo, padrecito... Oyeme bien, no debes apresurarte porque... porque el señor río se ha engullido tus pescados, bo-



cado tras bocado. Soy testigo ocular. Te aconsejo que otro día hagas uso de cuerdas más fuertes.—

Vassielich volvió el rostro violentamente, y al cerciorarse de su desgracia se puso intensamente pálido, luego enrojeció y apeándose de la carreta se asomó al río por el pretil.

— Eh, amigo, ¿buscas los agujeros que hicieron los canastos al hendir la superficie? Pues, ya se taparon.—

Vassielich se puso á llorar: no tenía dinero con que pagar: le embargarían sus cosas; Ivanowna y sus hijos sufrirían espantosas miserias, y si no alcanzaba á pagar toda la deuda, le meterían en la cárcel. ¡Y el invierno que era tan crudo! El pobre sordo lloraba amargamente. ¡Era cosa de matarsel!

— ¡Sí, padrecito, es cosa de matarsel! — afirmé yo con acento filosófico.

Y en efecto, creí que iba á arrojarse al río de cabeza, pues asomó el cuerpo por el pretil. Abrí los ojos desmesuradamente para ver con toda mi alma el chapuzón. Quizá el caballo, por una de esas fidelidades de que hablan las historias, se precipitaría también arrastrando el carro. Y si no lo hacía,

yo le obligaría á ello. El puente estaba solitario, y la ciudad distaba dos verstas. Pero no, lo que hizo Vassielich fué ponerse á gritar y á maldecir de su perra suerte... Se desvaneció mi esperanza é irritado por la estupidez de ese carretero que por un

cobarde amor á la vida no cumplía con su deber, le dije sonriéndome con cachaza:

— Pude avisarte, padrecito, desde que ví caer el primer canasto. Mas ¿para qué? Mañana habrías olvidado el favor que te había hecho; en cambio, mañana que te lleven á la cárcel, y que tu mujer y tus hijos lloren en la miseria, te acordarás de mí y te acordarás por mucho tiempo, cierto que para maldecirme, pero te acordarás de mí... —

Vassielich no me respondió, sea porque no me oyera, sea porque estaba aturdido con su desgracia. Me encogí de hombros y proseguí mi camino fumando mi

pipa. Después de todo, el sitio de los peces es el mar ó el río, y no los canastos. He restablecido, pues, el equilibrio de la naturaleza.

CLEMENTE PALMA

(Ilustraciones de Santana Bonilla.)



## Literatura americana

EN toda América, así como en España, se rinde culto al talento del literato limeño que, como ha dicho el singular poeta Ruben Dario, es la primera figura literaria del Perú.

Fué su cuna la risueña ciudad que las apacibles ondas del Simac arrullan y acarician, y ciertamente que el 7 de Febrero de 1833 es y será de venturosa memoria en los anales de su patria, siendo pocos, muy pocos los escritores sud americanos que habrán logrado tan alto renombre y popularidad tan ilimitada.

No se ha distinguido solamente Ricardo Palma en esos cuadros que retratan, con tan pasmosa naturalidad, los sucesos y los personajes de épocas anteriores al siglo XIX y que, al evocarlas con galanura y gracejo precuiales en el escritor peruano, diríase que nos encontrábamos en aquellos tiempos en que el sol no se ponía en los dominios españoles. Domina el limeño el lenguaje castellano con facilidad suma, y púntase solo en aquello de dibujar con la pluma austeros magistrados, virreyes legendarios, conquistadores atrevidos y gloriosos aventureros, no sabiendo que admirar más, si el conjunto de las figuras, ó las descripciones *gráficas* con las cuales realza sus libros, en los que se saborea la originalidad y sencillez más encantadora y

los maliciosos chistes de inspiradísimo numen. Además de su correcta prosa, ha regalado al público Ricardo Palma atildados y sonoros versos, los cuales enaltecen más si cabe la gloria del *tradicionalista* que todo lo ha invadido, de todo se ha ocupado, siendo no menos importantes sus conocimientos en lo que á crítica se refiere, pues en este terreno ha sostenido polémicas por extremo transcendentales como en la que se refiere á Simón Bolívar, y así también los notables estudios históricos de Monteagualo Sánchez Carrión y San Martín, que fueron base de controversias semi-continuales, de refutaciones acaloradísimas, promoviendo manifestaciones hostiles contra Ricardo Palma, en varias repúblicas hispano americanas.

Es la historia literaria del notable escritor tan fecunda, tan amena y tan henchida de luz y movimiento, que sería imposible encerrarla en unos cuantos desaliñados renglones, tanto más cuanto que plumas autorizadísimas y gallardas, han consignado todo lo que vale aquella preclarísima inteligencia que, en lucha con los años, ha ganado y se ha sobrepujado á éstos, conservando toda su frescura, la riqueza del lenguaje, la maravillosa variedad y el magistral *savoir faire* del maestro.

\*\*\*

### Sic Semper

UNA estatua de corcho y otra de oro  
del mar cayeron en el hondo abismo:  
se hundió la que valía gran tesoro,  
y la otra se salvó del cataclismo.

De la santa justicia con desdoro  
entre los hombres ví pasar lo mismo:  
aquel que vale, se hunde en mar ignota...  
pero el hombre de corcho, siempre flota.



RICARDO PALMA

\*  
\* \*

RAZONA así el egoísmo  
del siglo razonador  
y así vamos por vapor  
y en línea recta al abismo.

Fe y sapiencia, nombres vanos  
como hogaño no eran antes;  
hoy presumen de gigantes  
hasta los tristes enanos.

Hoy ya no inspira entusiasmo  
lo serio, sino el can-can,  
y en leal consorcio van  
la duda con el sacasmo.

El presente á mi entender  
con sus luces y progreso  
es muy prosaico... por eso  
pláceme más el ayer.

Hoy es el mercantilismo  
la vida del pensamiento;  
es Dios el tanto por ciento  
y es su altar el egoísmo.

¿Son nuestros tiempos fatales?  
Por eso, por eso vivo  
hecho un ambulante archivo  
de historias tradicionales.

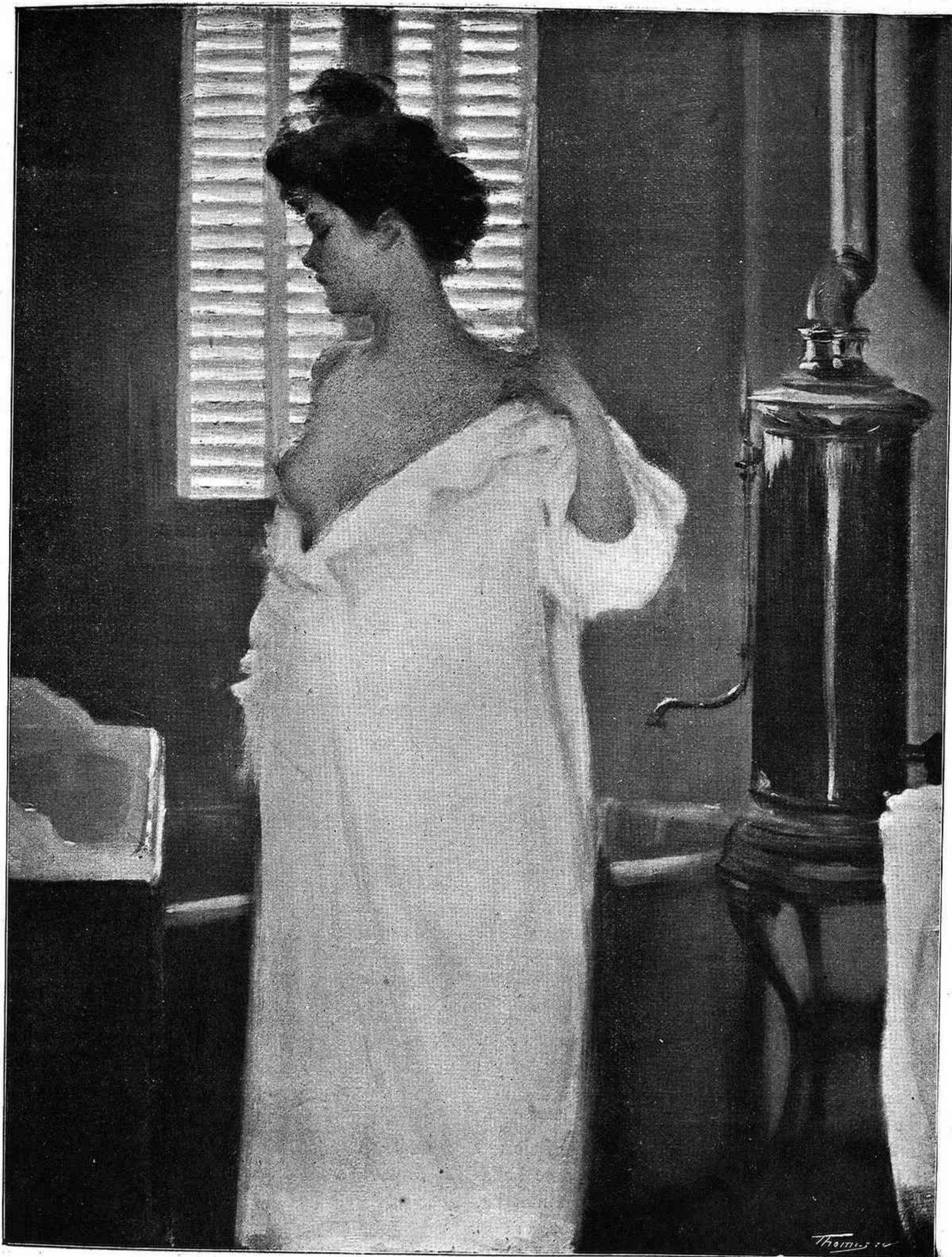
Y á veces tanto, en verdad,  
me identifico con ellas,  
que hallar en mi pienso huellas  
de que viví en otra edad

### Cabellos blancos

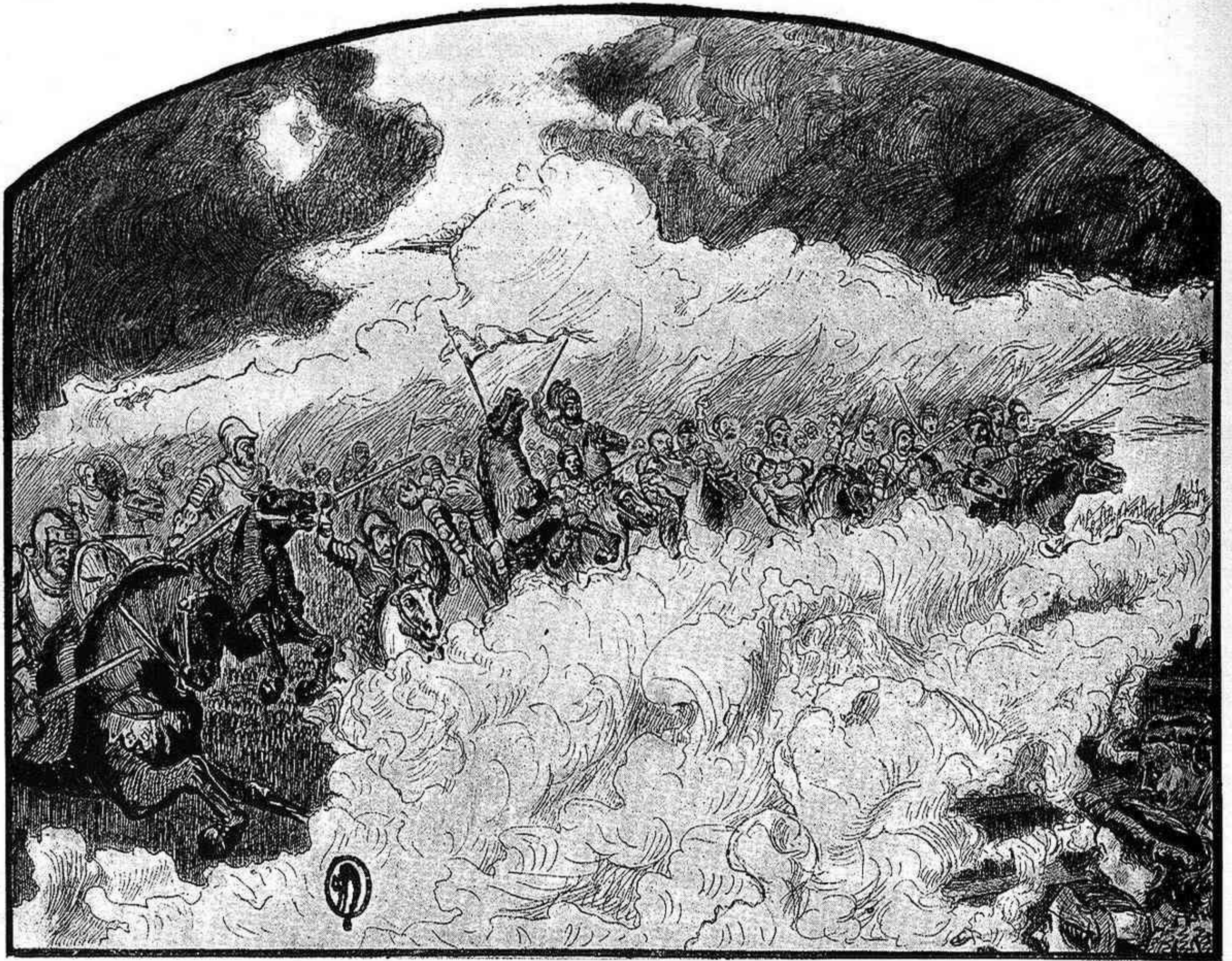
NO los arranques, no los ultrajes,  
pálidas flores de invierno son;  
acaso, acaso les prestan savia  
latidos últimos del corazón.

Para las tumbas, joven, respeto;  
para las canas, veneración;  
que toda cana, flor es que brota  
Sobre el sepulcro de una ilusión.

RICARDO PALMA



ANTES DEL BAÑO,  
DIBUJO ORIGINAL  
DE RAMÓN CASAS



## El toque de oración

No siempre los laureles de la gloria los conquisitan al vencedor; también el vencido logra ceñirlos, y á veces más honrosos que los alcanzados por quien le venciera. En multitud de ocasiones el soldado español, no pudiendo vencer, ha sabido morir; á una de éstas voy á referirme para que el lector conozca el origen del toque de oración que todas las tardes suena en los cuarteles y que el soldado y el oficial oyen cuadrados y con la mano derecha levantada en actitud de saludar.

El 19 de Mayo de 1643, el ejército de Felipe IV, formado por tudescos, italianos, lasquenets y el tercio de Brabante, única fuerza española, á las órdenes de Melo, general entendido y literato de gran reputación, invadía el norte de Francia disputando al francés la entrada en los Países Bajos; al amanecer del citado día, ambos ejércitos se hallaron en las inmediaciones de Rocroy. Un imberbe, pues apenas contaba diez y nueve años, era el duque de Enghieu, después príncipe de Condé, caudillo del ejército francés.

Al divisar las avanzadas del ejército adversario, Melo formó sus tropas en línea de batalla sobre la llanura que se extendía entre Rocroy y un bosque situado en el flanco derecho de los españoles, preparándose de este modo á resistir la acometida de

los suizos que Condé lanzó al ataque. Apenas habían comenzado á hacer fuego los mosquetes cuando la caballería francesa, oculta en el bosque, se lanza de improviso á la carga, con tanto empuje que lasquenets, tudescos é italianos huyen precipitadamente abandonando el campo de batalla; sólo queda en el centro del llano, formando una masa compacta erizada de picas y mosquetes, el tercio de Brabante; son los *leones de Iberia*, como les llamaba su maestro de campo, el conde de Fuentes (1), que anciano, achacoso por los padecimientos que le torturan, con las energías del cuerpo agotadas, pero las del espíritu más fuerte que nunca, se halla en el centro del cuadro; sus soldados le llevan en una silla de manos, pues hasta las fuerzas le faltan para tenerse sobre la del caballo.

Impávidos, como si el temor no pudiese tener cabida en sus pechos, resisten á pie firme los repetidos ataques de la caballería francesa, y en torno del cuadro yacen cuantos jinetes y caballos intentaron romperle.

Admirado Condé de tanto heroísmo, ordena á sus tropas suspender el ataque y manda un parla-

(1) Boussuet, en su oración fúnebre al príncipe de Condé, les da igual calificativo.

mentario á las españolas, que no tenían ni la más remota esperanza de salvarse, proponiéndolas honrosa capitulación.

—Brabante no se rinde. Siga la batalla—repuso Fuentes con entereza.

La lucha comienza de nuevo, pero esta vez los mermados jinetes no se lanzan á la carga; la artillería recibe orden de destrozar la mole humana y

veinte cañones rompen el fuego sobre el tercio de Brabante; la metralla abre enormes brechas que se vuelven á cerrar automáticamente. Los muertos sirven de parapeto y los heridos ahogan los ayes que el dolor quiere arrancarles, para no quitar ánimos á sus compañeros.

Al declinar la tarde los cañones enmudecieron.



Cuando el viento hubo disipado la nube de humo, Condé contempló con asombro que de la mole humana formada por cerca de 2.000 hombres, eran muy pocos los que permanecían aún vivos, y éstos se hallaban de rodillas en torno del cadáver del conde de Fuentes, descubiertas las cabezas y entonando una plegaria por el alma de su maestre de campo y las de sus compañeros muertos en la batalla.

El primero en acercarse á los supervivientes fué

un ayudante del príncipe, quien preguntó á un oficial español:

—¿Cuántos erais?

—Contad los muertos—repuso, y continuó rezando.

Este es el origen del toque de oración que todas las tardes se oye en los cuarteles.

El que fué tercio de Brabantes, es en la actualidad Regimiento infantería de Soria, número 9, y tiene por sobrenombre «El Sangriento».

M. DEL CORRAL CABALLÉ

# LA PRIMERA PESETA

José Fernández Bremón

EL decano de los cronistas; el veterano escritor que tantas veces nos ha regocijado con su ingenio fino y chispeante tanto en el teatro como en el periódico político y la revista ilustrada; quien viene demostrando desde hace una porción de años en *La Ilustración Española y Americana*, que conserva una eterna juventud, literariamente hablando, el maestro Bremón, es quien hoy honra esta sección de PLUMA Y LÁPIZ, declarando ante el respetable público la intimidad por nosotros solicitada.

Fernández Bremón — á quien únicamente ha discutido *Clarín* — es, además de un gran escritor, un hombre que ha tenido el talento de evolucionar conforme los gustos de los lectores han ido cambiando y de ahí que hoy entre la juventud goce de tanto prestigio como autoridad y del fraternal cariño del camarada unido á los respetos naturales á quien tantos merece.

Fernández Bremón ha tenido fama además de ser el hombre más distraído de Europa, contándose de él á este propósito multitud de anécdotas que unas pueden no ser verdad y otras no haber ocurrido. Pero la gente dió en decirlo... ¡y vaya usted á deshacer de un golpe la leyenda que el pueblo forma sobre una personal! A lo sumo concedemos que así fuera en los tiempos de vida bohemia que, como la mayoría de los literatos que hoy son unos señores graves, corrió el íntimo amigo de don Miguel de los Santos Alvarez y de *Fernánflor*; hoy es un *burgués* de la literatura que no comete más excesos que el



de ver amanecer jugando al tresillo y que contesta á vuelta de correo las peticiones que le hace PLUMA Y LÁPIZ, por lo cual tendríale que estar agradecido forzosamente, si por anticipado no lo estuviera ya de buénsima gana.

Como estas líneas no tienen nunca las pretensiones de semblanzas y menos de biografías, no hemos de incurrir en la vulgaridad de querer *descubrir* ahora la personalidad de Fernández Bremón, relatando sus obras, los periódicos en que ha escrito y las comedias que ha dado al teatro en aquellos tiempos en que se determinaba á hacerlo; sirven sólo de preámbulo ó motivo para hacer al público una presentación de la persona que con sus declaraciones nos favorece, para inmediatamente retirarnos modestamente por el foro, antes que algún lector diga con justicia, recordando la frase del cuento:

— Bueno: y á ustedes ¿quién les presenta?

O. G.

No dar dinero á los chicos era en mi familia sistema riguroso. Mi primera peseta la gane privándome del chocolate matutino que aborrecia á causa de un atracon que me puso á la muerte á los nueve años de edad, en un asalto á la despensa. Tenia entonces diez años, y en combinacion con la cocinera, me procuré una renta diaria de dos cuartos por lo que ella dejaba de comprar, y yo sustituía con ventaja para mi gusto, el desayuno oficial, tostando mi panecillo francés con sal y aceite. Con aquella renta mi posicion se hizo desahogada: podía comprar alhujas, peones, pelotas y convidar á merengue á algun amigo, aunque jamás logre reunir una peseta: mi capital estaba siempre en calderilla.

Tuve un dia ambicion, aspiraciones: la lotería primitiva cuando todos los lunes brindaba con la suerte al que dispusiera de nueve cuartos, precio de la cédula más barata, y permitia elegir números á voluntad desde diez cuartos en adelante y esto hice:

Que emocion el lunes al oír pregonar á los chiquillos "losijos de la lotería á ochavo!" y que alegro al saber que habia acertado un ambo que me valió catorce reales. Habia enriquecido de repente.

Desde entonces he jugado á la lotería muchas veces, pero aquel primer premio ha sido el último, apesar de haber contribuido al ensayo de la lotería de irradiacion en que alguien sospecho si tendria una infalible martingala.

Madrid 13 de Marzo de 1903

José Fernández Bremón



## UNA TRAGEDIA

LA chismografía reina en todas partes; pero donde más se ensiorea es en las poblaciones de último orden.

Pueblo pequeño, pueblo chismoso.

Mujer que con un ojo mira el portal que barre y con otro al transeunte que por enfrente pasa, chisme seguro.

Reunión de mujeres que secretean unas veces y que ríen otras á carcajadas, hormiguero de chismes sin duda alguna.

Y de que los tales chismes trascienden en ocasiones, voy á dar una ligera muestra.

\*\*\*

Juan era un zagal de diligencias de los de pelo en pecho, y Petra una garrida moza que se pirraba por Juan.

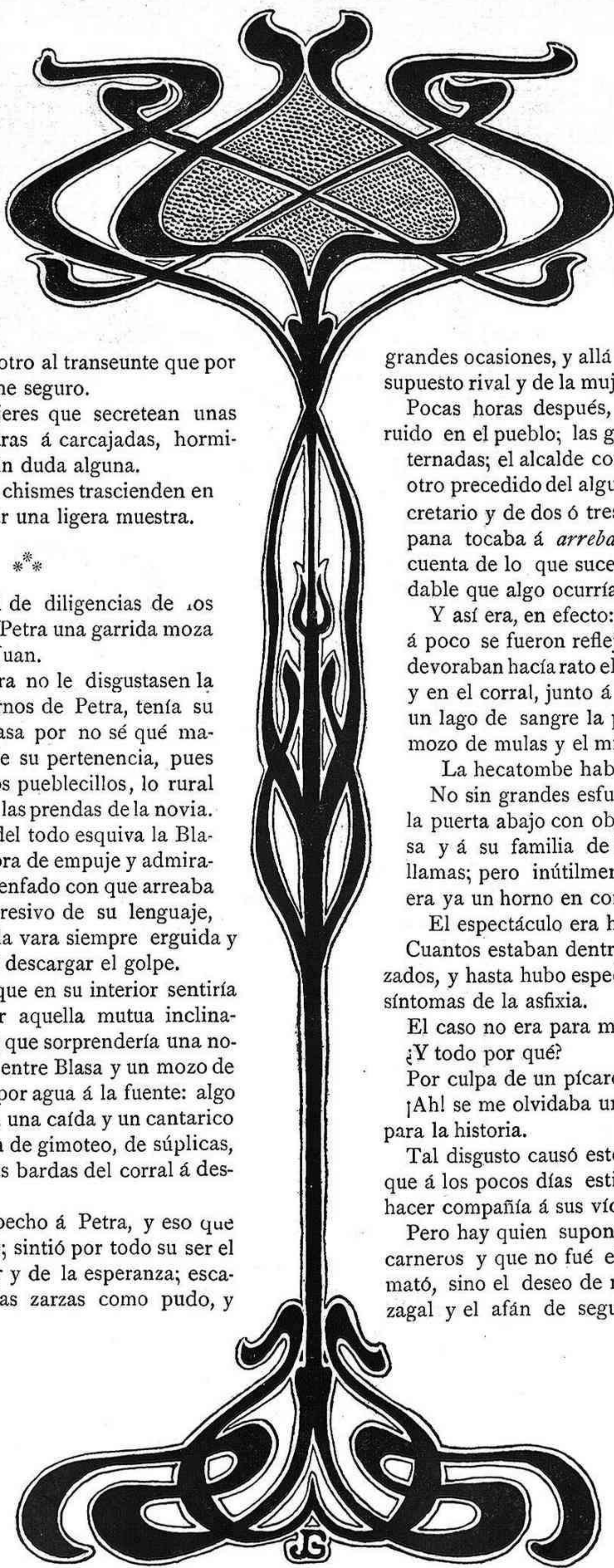
Pero éste, siquiera no le disgustasen la afición y los contornos de Petra, tenía su puntería fija en Blasa por no sé qué majuelo y qué olivar de su pertenencia, pues sabido es que en los pueblecillos, lo rural entra por mucho en las prendas de la novia.

No se mostraba del todo esquivada la Blasa, porque era hembra de empuje y admiraba en el zagal el desenfado con que arreaba á las bestias, lo expresivo de su lenguaje, y sobre todo, aquella vara siempre erguida y siempre dispuesta á descargar el golpe.

Excuso decir lo que en su interior sentiría la Petra al observar aquella mutua inclinación, y el júbilo con que sorprendería una noche cierto coloquio entre Blasa y un mozo de mulas al ir aquella por agua á la fuente: algo oyó de un tropezón, una caída y un cantarico roto, y algo también de gimoteo, de súplicas, y de una cita por las bardas del corral á deshoras de la noche.

Ensanchósele el pecho á Petra, y eso que no lo tenía estrecho; sintió por todo su ser el cosquilleo del amor y de la esperanza; escabullóse por entre las zarzas como pudo, y anhelosa y jadeante se fué con el chisme á Juan.

Y chisme era en verdad, porque ni lo del cántaro roto rezaba con la Blasa, ni lo de la cita tampoco, sino con una prima su-



ya de quien era confidenta y en favor de la cual intercedía.

Alborotóse el zagal, y después de tomar como de buena ley el chisme que le llevó Petra, echó mano á una de las de Albacete que reservaba para las

grandes ocasiones, y allá escapó en busca del supuesto rival y de la mujer que juzgó perjura.

Pocas horas después, todo eran gritos y ruido en el pueblo; las gentes estaban consternadas; el alcalde corría de un lado para otro precedido del alguacil y seguido del secretario y de dos ó tres concejales; la campana tocaba á *arrebato*, y nadie se daba cuenta de lo que sucedía; pero era indudable que algo ocurría, y muy gordo.

Y así era, en efecto: las llamas que poco á poco se fueron reflejando en las nubes, devoraban hacía rato el domicilio de Blasa, y en el corral, junto á la barda, yacían en un lago de sangre la prima de aquella, el mozo de mulas y el mísero zagal.

La hecatombe había sido completa.

No sin grandes esfuerzos púdose echar la puerta abajo con objeto de salvar á Blasa y á su familia de la voracidad de las llamas; pero inútilmente, porque aquello era ya un horno en combustión.

El espectáculo era horrible.

Cuantos estaban dentro murieron carbonizados, y hasta hubo espectador que sintió los síntomas de la asfixia.

El caso no era para menos.

¿Y todo por qué?

Por culpa de un pícaro chisme.

¡Ah! se me olvidaba un detalle importante para la historia.

Tal disgusto causó este desenlace á Petra, que á los pocos días estiró la pata, yendo á hacer compañía á sus víctimas.

Pero hay quien supone que no hubo tales carneros y que no fué el disgusto lo que la mató, sino el deseo de no perder de ojo al zagal y el afán de seguir chismiendo por allá.

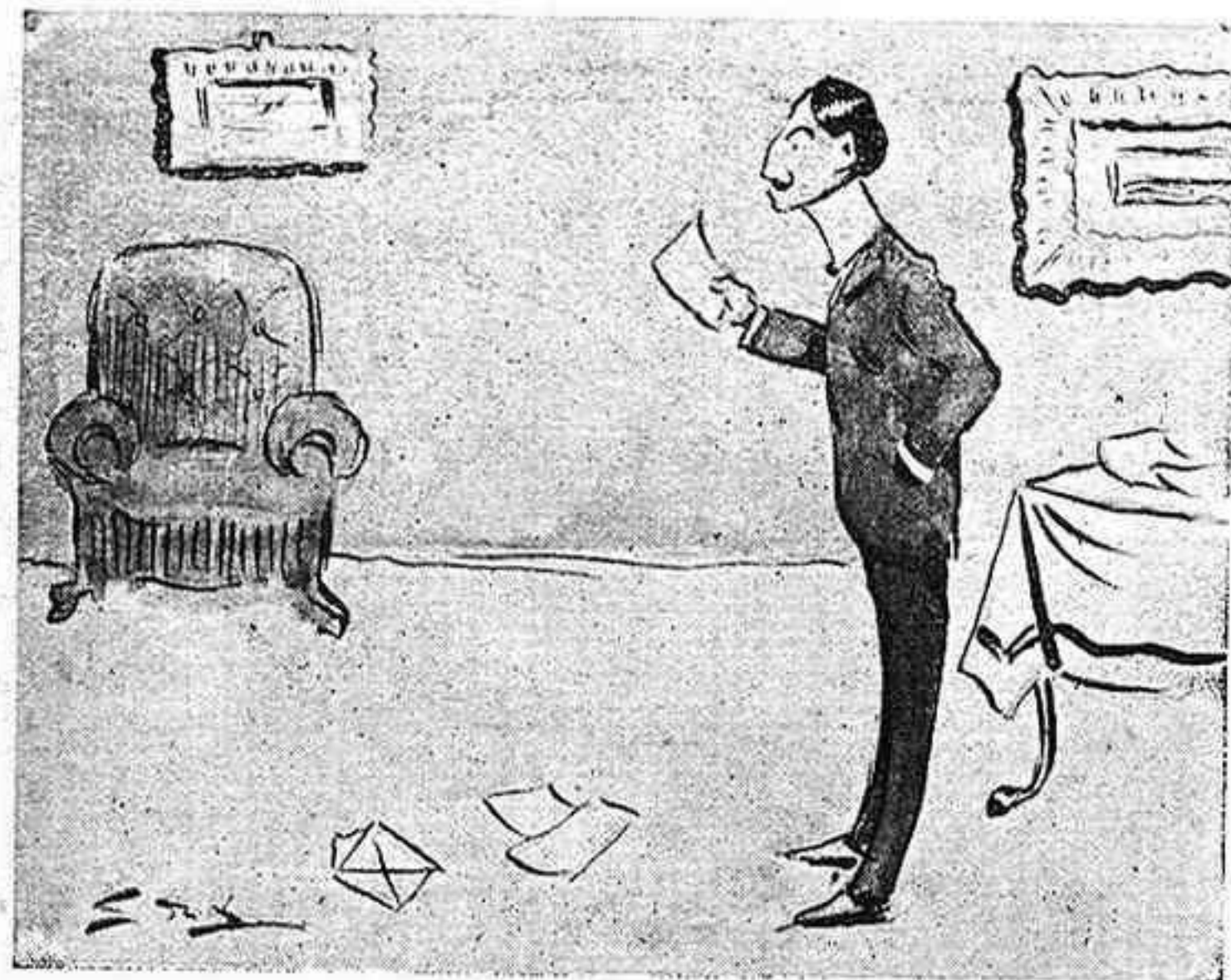
La verdad es que hay chismosos incorregibles.

Y si no, véase el cuento.

CAMILO  
MILLÁN



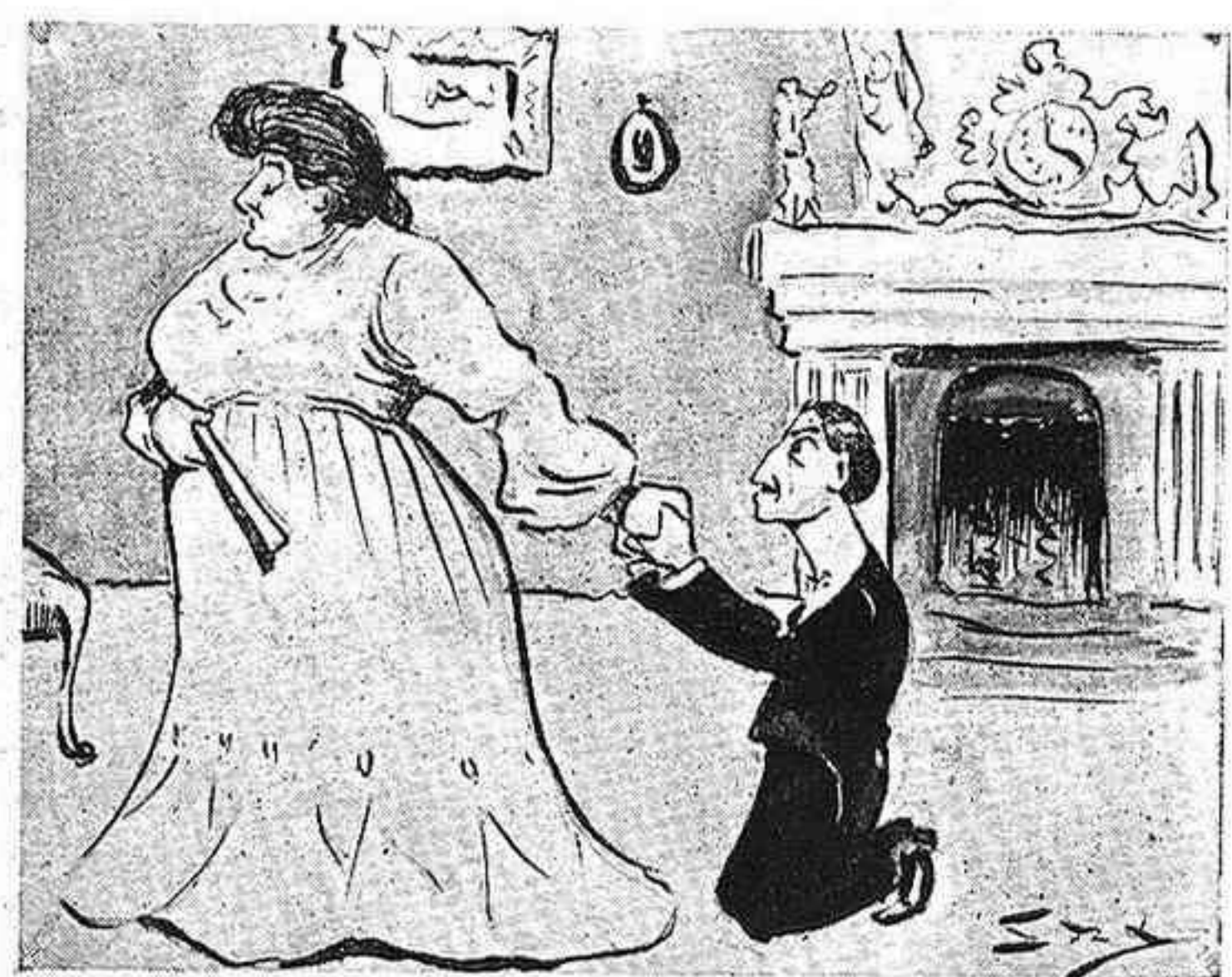
EDAD DICHOSA



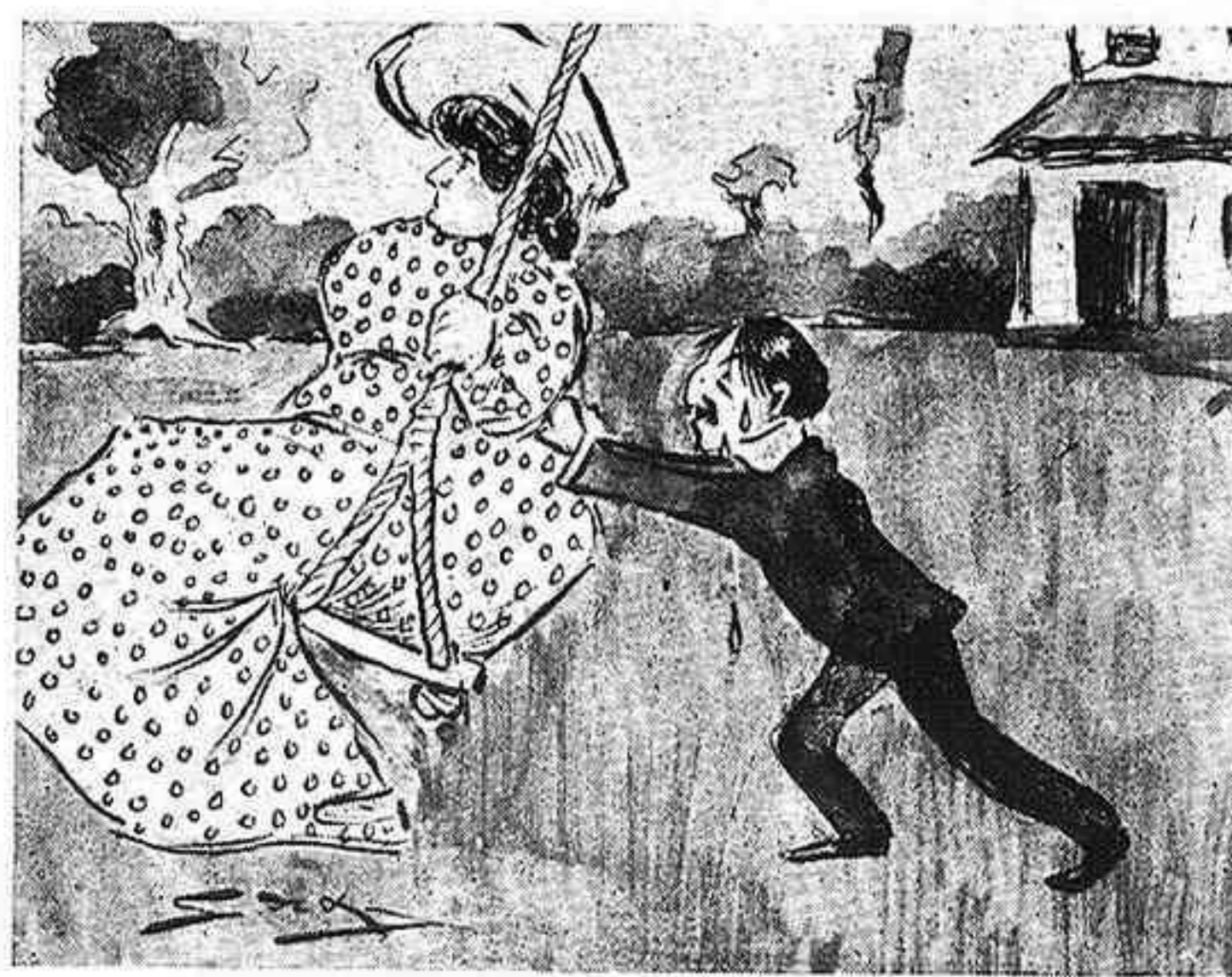
1.—Baldomero acaba de casarse por poder y en la carta en que le dan cuenta de la ceremonia le anuncian que su mujer se pone en viaje y que ha engordado desmesuradamente.



2.—De lo que se convence á su recibimiento.



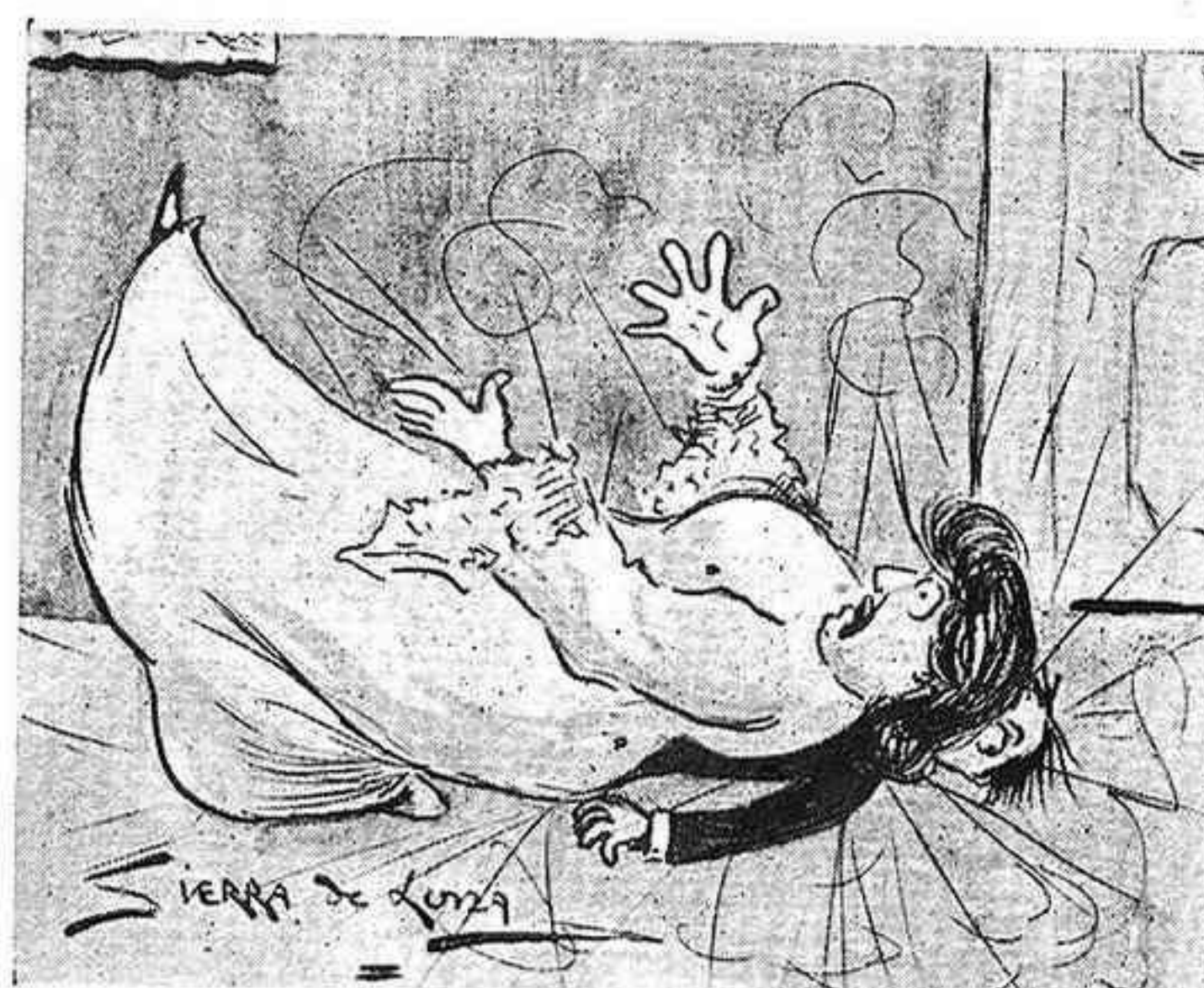
3.—¡Qué luna de miel la del pobre Baldomero!



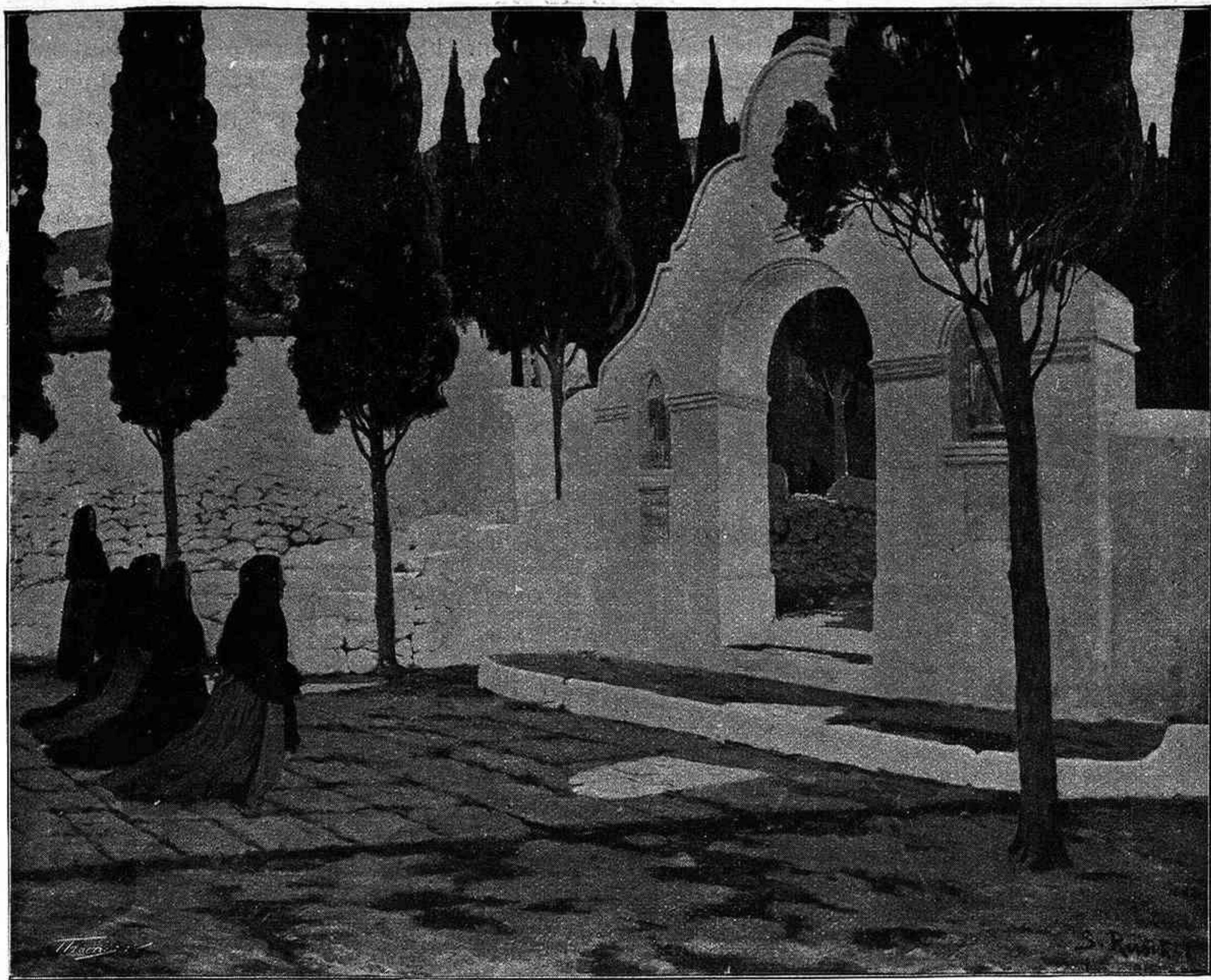
4.—¡Y qué excursiones al campo!



5.—Y un día un pícaro ratón tal pánico infundió á su esposa, que sin que valieran de nada sus titánicos esfuerzos...



6.—... se desplomó sobre el pobre Baldomero, cortando así el hilo de su desgraciada existencia.



CALVARIO DE SAGUNTO

## Fiebre <sup>(1)</sup>

DILE que se vaya,  
que no quiero verla,  
que la herida aquella que me abrió en el pecho  
aún la tengo abierta.

Que de mí se aleje,  
que no pienso en ella;  
que su acción no olvido, que el rencor es malo,  
¡peor que una fiera!

Dale aquellas flores  
que llevó un día puestas;  
dale su retrato, ¡rompe la guitarra  
que toqué á su puerta!

Dile que se olvide  
de la tarde aquella  
en que, infiel, la ingrata, fingiéndome amores,  
me hizo mil promesas...

Cierra la ventana,  
el frío me hiela;  
échame la manta, tápame los brazos;  
¡qué madre tan buena!

Troncha aquellas flores,  
rompe la maceta,  
que ya que yo muero, no quiero que nadie  
disfrute con ellas.

¡Madre de mi vida,  
que no quiero verla!  
¡Échala á la calle, dile que se vaya,  
dile que no vuelva!...

Dale su retrato...  
El frío me hiela...  
Échala á la calle... Dale aquellas flores...  
¡Dale mi alma entera!

MIGUEL DE SILES CABRERA

(1) Del libro en preparación *A cara y cruz*, con prólogo de Salvador Rueda.

# Germinal

TRES obreros bajaron ayer á una mina de plomo de Linares. Iban á estar doce horas sin sol, buscando un pedazo de pan en las entrañas de la tierra *que no tiene entrañas*.

De las filtraciones de la galería cayeron gotas de agua que humedecieron sus rostros. Eran lágrimas de las piedras que lloran más que los hombres.

Golpeó el pico en un rincón del suelo, donde el filón, con brillantez provocativa, se burlaba de los obreros, y en el hueco que el pico abría, cayeron otras gotas, que eran calientes, porque eran el sudor del trabajo.

Un cartucho que la ciencia inventó para destruir en un momento lo que la naturaleza elaboró durante muchos siglos, fué colocado en el agujero aquél; y la cinta de cefre, negra como la conciencia del avaro, se extendió hasta el final de la galería, como serpiente que lleva á la superstición humana la idea de la muerte.

Prendieronle fuego. Anduvo el ascua, lentamente, como carboncillo encendido que despacio va, á impulsos del aire que lo empuja y abrillanta, hasta que, tocando el principio del cartucho, la dinamita estalló con ruido de maldiciones que la humanidad

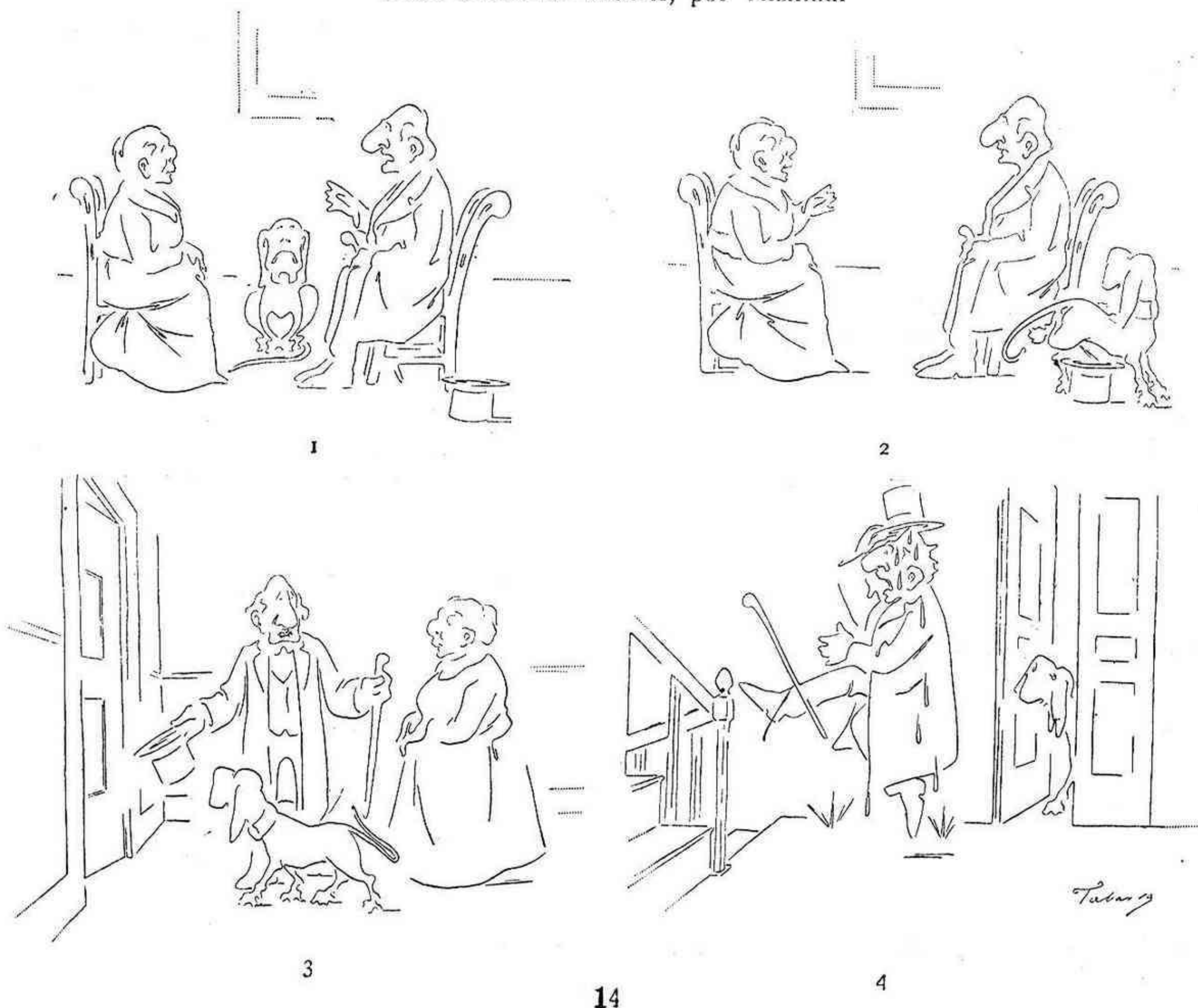
lanza contra los que fueron genios para destruirla. La cárdena claridad de aquel relámpago, producido en el corazón de la tierra, fué para los tres obreros la última luz. Luz más viva que la del sol; luz más hermosa que la del rayo; luz que es para los desheredados de la fortuna, la que alumbró en los dinteles de la muerte la hermosa región del eterno descanso.

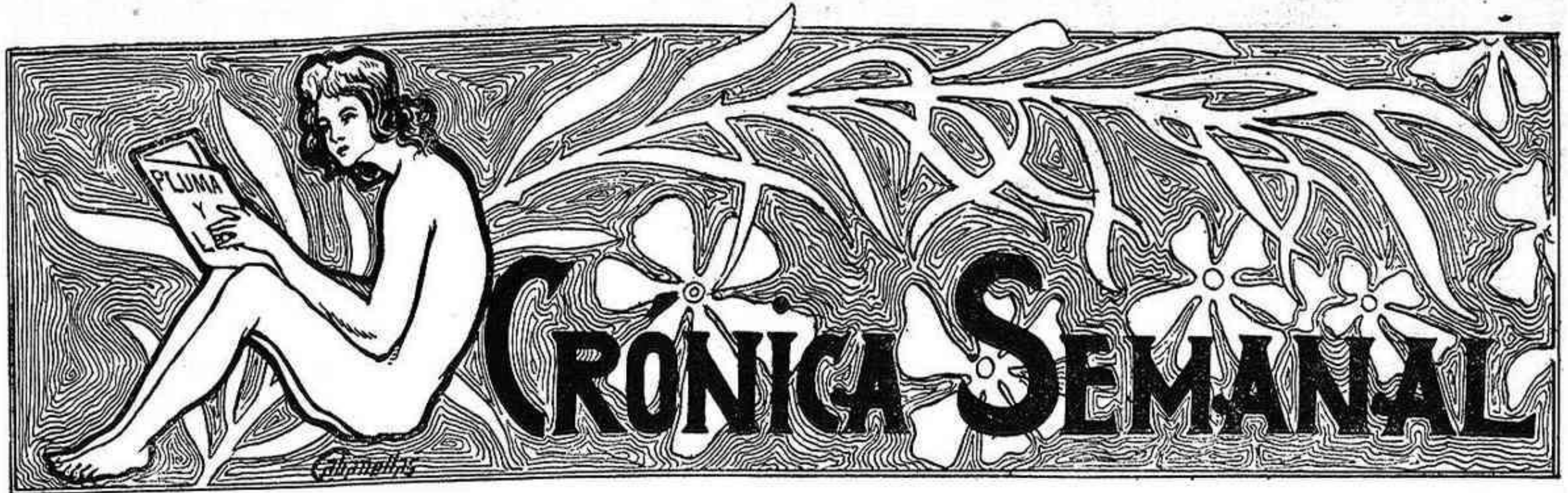
...Quedó todo á obscuras. El humo fué poco á poco llegando en nubecillas blancas á la boca del pozo donde no pudieron llegar los ayes de las víctimas, y la cinta de plomo, sugestiva y poderosa, se manchó con chorros de sangre que no impedirán que el metal se funda y se desplate.

Arriba, en el pueblo, en las casas que el obrero vive, casas como las que Zola pinta, que huelen á carne caliente cuando la noche acaba, hay mujeres que están tristes mirando al suelo que da el jornal y niños que gozan, entornando los ojos, al mirar al sol, que brilla menos que la luz que al explotar produce la dinamita, cuando estalla entre las sombras.

ALFREDO CAZABÁN

## HISTORIETA MUDA, por TABARRA





Aun cuando ya de la Semana Santa transcurrieron las fiestas solemnísimas, permitidme, señores, que dedique unas líneas á recordar la gracia y el donaire con que, en aquellos días, iban ataviadas las mujeres envolviéndose el rostro en la mantilla. ¡Qué bonitas estaban, caballeros! ¡Estaban muy bonitas!

¡Cómo destacan de las ricas blondas la blanca tez de delicadas líneas, los animados ojos fulgurantes, las rosadas mejillas, los rojos labios, la barbilla suave, la frente tersa y final...

Más graciosas que nunca, más bellas y atractivas encuentro á las mujeres españolas cuando lucen por gala la mantilla.

¡Cuántas que, al ir luciéndola, oían, de pasada: ¡Guapa chica! pierden hoy sus encantos colocando en su débil cabecita un formidable tiesto con magnolias, alelíes, geranios, peonías, rábanos, berengenas y diferentes frutas y hortalizas!...

\* \* \*

¡Delicioso *sport* el del automovilismo! Hace algunos días salió de Niza en un carruaje de esos el conde Zborowski y su *chau-ffeur*.

A los pocos minutos de una marcha vertiginosa... ¡pum! El conde y el *chau-ffeur* se hicieron cisco contra una roca.

Y luego dicen que el conducir un automóvil no es cosa del otro mundo, ni mucho menos.

Ya se ve. Pero es fácil llegar al otro mundo demasiado pronto, ¡carapel!

\* \* \*

De Madrid cuentan que, ha poco, ha habido cierto banquete *super-magnífico* muy animado, muy bien servido. Fué en los Jardines del Buen Retiro. Se dió en obsequio... ¿De algún ministro? ¿De algún primate

de los partidos? No; de un coloso, de un hombre eximio, ¡de Mazzantini! quien ¡ay! ha dicho que acaso pronto pida el retiro. ¡Después de tantos hechos tristísimos, esta noticia nos ha afligidol...

\* \* \*

Pero, ¡qué cosas pasan en el Japón! Asegura un colega que allí se ha establecido la costumbre de que el tocado de las mujeres sirva para indicar su edad desde los veinticinco años.

¡Bah, bah, bah!

Pues diga usted que allí todas las mujeres van peinadas del mismo modo.

Porque... ¡en los veinticinco se plantarán todas, de seguro!

\* \* \*

¿De política he de hablar cuando observo que, al presente, no ocurre absolutamente nada de particular?

¿Diré que están decididos á batallar con alientos los distintos elementos que acaudillan los partidos, y aun á usar ciertos resortes, ciertas mañas de ocasión cuando llegue la elección de diputados á Cortes?

No. Ya sobra con lo escrito. ¿Elección? Eso, hoy en día, á la inmensa mayoría del país, le importa un pito.

\* \* \*

Pepe Riquelme ha ido al Teatro Nuevo. Creo que tendrá muchos éxitos. Es un popular artista con muchísima gracia y muchísimo ingenio, ya ustedes lo saben de sobra.

Pero, ¡ay! amigo Pepe Riquelme, te compadezco sinceramente porque te espera la triste suerte

de que te asalten varios noveles que se dedican á hacer sainetes! .. ¡Que Alah te salve ó Alah te venguel!

\* \* \*

La afición al *sport fox-terrier* aumenta rápida, pero continuamente.

¡Qué matanza de ratas la que hacen esos perritos! Juzgue usted por lo que me decía ayer un aficionado, al entrar en un eléctrico en el que yo iba:

—Chico, vengo rendido. Por más que busco es en balde. No hay ratas en Barcelona. ¡Adiós, mi *sport*!

Un sujeto que le oía dijo:—¿Que no hay ratas, eh? Hombre, cualquiera diría que le subvenciona á usted el jefe de policía.

JULIO MARTÍNEZ LECHA



REVISTA DE COMISARIO,  
POR SIERRA DE LUNA



## De ceca en meca

(TIQUIS MIQUIS LITERARIOS)

LA otra noche, en la calle de Fernando, encontré á Oller, el autor de *La Papallona*. Me alegré de verle, porque es hombre sincero y artista de veras. No siempre han de ser gansos y niñas cursis los que salen al paso.

Nos pusimos á hablar y

—Oiga usted, don Narciso, ¿cómo hace usted las novelas?

—Pues verá usted...

Supongo, lector (ahora soy yo quien habla), que el asunto te va interesando; pues ten un poquito de paciencia; luego oirás á Oller. Mientras tanto quiero decirte cuatro cosas del *cuaquerismo literario*.

Tal vez no sepas qué quiere decir eso. Bueno, yo tampoco lo sé, pero lo supongo, que es lo que nos sucede á la mayoría de los españoles con el significado de las palabras. Fijamente lo desconocemos, pero lo entendemos á nuestra manera. En una palabra, que no sabemos diccionario.

*Cuaquerismo literario* llevaban por título dos artículos que el señor don Eugenio Sellés ha publicado recientemente en *El Imparcial*; y el autor de *El Nudo Gordiano*, ensalzando á los grandes retóricos, atacaba á los que, como Martínez Ruíz, quieren que el arte sea copia exacta de la realidad. En la novela, por ejemplo, no quieren fábula, huyen del plan y de los demás detalles artificiosos. Vamos, repiten lo que hace muchos años se dijo: «La naturaleza vista á través de un temperamento».

Yo creo que Sellés, al hablar en el sentido expresado, lo ha hecho más que para defender su teoría, por vengarse de los alfilerazos que ha recibido de los *cuáqueros* literarios.

Valera, Picón, Sellés, Galdós, Echegaray, que son grandes retóricos, despiertan mi admiración; y á Martínez Ruíz, Baroja, y pocos más, que no lo son, también los admiro, sencillamente porque

unos y otros tienen talento. Y puesto á decir las cosas como las siento, entre *Dulce y Sabrosa*, de Picón, por ejemplo, y *La Voluntad*, de Martínez Ruíz, me quedo con el libro de éste. Dentro de un siglo podrán estudiarse nuestras costumbres en las obras del joven escritor murciano; en

las de Sellés, en las de Picón... no. Sin embargo, los artículos de Martínez Ruíz, me hacen reír; los de Sellés, lo mismo. Cada uno procede según su temperamento y su educación. No va á destruirse en un momento la obra de muchos años. Pero no quiero continuar por este camino: me voy metiendo en la escuela positivista y ¡quién lo diría! le tengo miedo á esa escuela.

Quedamos en que Oller iba á decir como escribe él las novelas (no olvide el lector que este artículo está hecho en la calle, como Martínez Ruíz quiere y á mí me gusta). Oigamos, pues, á Oller.

—Una de las veces en que Pereda estuvo aquí, me hizo la misma pregunta que usted y yo le enseñé varias cuartillas, donde había escrito el plan de dos ó tres novelas.

—¿Pero cuando usted principia la obra sabe ya cómo acabará? —exclamó.

—Siempre. Después viene el desarrollo que voy alternado según me parece.

—Pues yo, no—dijo Pereda.—De una visita, de una conversación cualquiera, de la práctica de una costumbre saco un cuadrito y si me parece extensible, lo voy ampliando. Si ello da de sí, sale al fin una novela; si no, queda reducido á un simple cuadro de costumbres.

—Ya sabe usted cómo escribo —continuó diciéndome Oller.—Supongo por lo que llevo dicho que cada escritor tendrá su procedimiento particular. Cuando un asunto creo que es de interés lo resumo en pocas páginas, y á trabajar en él. Todas mis novelas están hechas así. Es decir, menos *La Papallona*. ¿La conoce usted? Pues ya recordará que allí hay un bautizo. Lo describí para uno de los perió-



dicos que solicitaban mi colaboración y se lo enseñé á Sardá. Me dijo éste, que de allí podía sacarse una novela y que debía hacerla (aun no había escrito ninguna.) Tantos ánimos me dió, que me decidí. Acabé la obra empezando por el capítulo que hoy figura como segundo, leyéndosela luego á los amigos. Parecióme que no les había gustado y la dejé sin preocuparme gran cosa de ella. Algún tiempo después vino Matheu á decirme que una sociedad literaria había empezado á publicar la biblioteca catalana, cuyo volumen primero era el tomo de poesías titulado *Patria* y que querían el verso con la prosa, solicitando por fin una novela mía. Les di *La Papallona*, después de añadir á ella el primer capítulo que hoy lleva, de suerte que acabé aquella obra por donde debí empezarla. Con las demás que he ido publicando, ya sabe usted el procedimiento empleado. *La febre d'or*, que iba á las cajas

apenas quedaba terminado cada capítulo, es la que más retrata mi manera de hacer.

—Y ¿cuándo nos va usted á dar las dos novelas que hace tiempo prepara?

—No lo sé. Una la tengo casi olvidada, y la otra...

—¿Para el otoño?

—Ca; no escribo más que cuando salgo en verano y aun así me distraen los viajes, los baños...

Y ambos nos callamos, que en este país ¿para qué se ha de escribir si nadie quiere leer?

Oller siguió hablando de cosas de arte con el entusiasmo y la competencia que le distingue. Llegamos al portal de su casa, y al despedirme dije para mis adentros:

—Es verdad, Dios mío, que me has hecho pasar un excelente rato; pero no olvido, ¡qué he de olvidar! que hay por ahí algunos caballeros...

FRANCISCO GIRALDOS

## Lo "Chic"



1

2

3

4

1.—Blusa de raso liberty azul cielo, á largos pliegues planos, con un gran pliegue redondo en el centro, disimulando el cierre. Este pliegue va adornado con botones cincelados. Manga *plissée* á lo largo. Cuello alto.

2.—Blusa de crespón de China, amarillo paja. Gran canesú de encaje formando punta y hombreras. Estas llevan un volante de raso negro orlado de chantilly. En el centro del pecho zig-zag de crespón con festón de raso negro, mangas hasta el codo terminadas en un largo abullonado de muselina de seda blanca.

3.—Blusa de surah rosa. La parte superior va recubierta por un gran cuello de encaje dentado y adornado con un *trus-trus* de cinta cometa de terciopelo negro. Igual guarnición en las mangas.

4.—Blusa de liberty color geranio. Todo á lo largo, va esmaltada de cintitas cometa de terciopelo negro. Manga muy ahuecada en su parte inferior, cerrada por un puño.

# BATIBURRILLO

Con el presente número repartimos á nuestros favorecedores, el Índice correspondiente al tomo de PLUMA Y LÁPIZ de 1902.

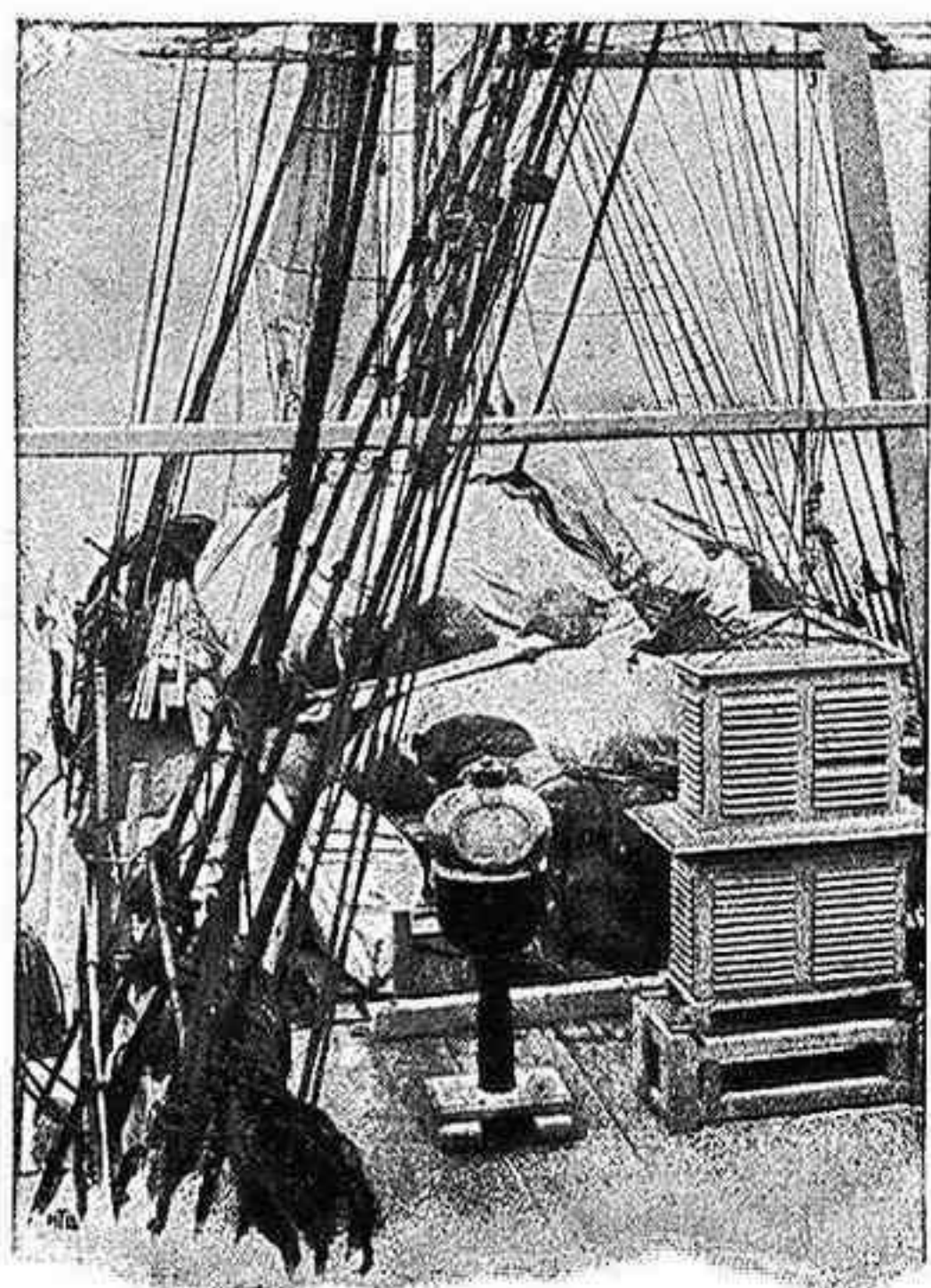
La gran extensión que tiene nos obliga á no incluirlo en el cuerpo del periódico, imprimiéndolo en pliego separado.

Y... perdón por la tardanza.

\*\*\*  
El éxito que han logrado del público las reformas iniciadas en nuestro semanario desde el próximo pasado número, nos obligan nuevamente y de modo decisivo con tan amables favorecedores, á quienes prometemos seguir, hasta donde nuestras fuerzas lo consientan, procurando para PLUMA Y LÁPIZ todo género de mejoras, iniciativas y novedades.

\*\*\*  
Continúa la casa editorial Maucci repartiendo con gran regularidad los cuadernos de la importante obra del duque de los Abruzos, titulada *La Estrella polar en el mar Artico*.

Cada día cuenta esta magnífica producción con nuevos suscriptores, convencidos de que es tan



MUESTRA DE LOS GRABADOS

amena como útil y digna de figurar en todas las casas de personas de buen gusto. La presentación material de la obra es digna de la importancia de ella.

## Bibliografía

—El conocido poeta festivo, Alberto Casañal, acaba de publicar un nuevo tomito de asuntos aragoneses titulado *Más baturradas*, llenas de gracia y admirablemente versificadas, como todo lo suyo.

Lleva ilustraciones de Ibáñez y un prólogo de don Luis M.<sup>a</sup> López Allué.

Agradecemos al amigo Casañal el recuerdo que con nosotros ha tenido, enviándonos su última producción.

—La casa editorial Maucci ha puesto á la venta la obra dramática titulada *Resurrección*, escrita sobre el pensamiento de la de igual título del gran Tolstoy por los señores Ayuzo y Jover y estrenada con gran éxito en el Teatro Principal por la Compañía de la eminente María Tubau.

Auguramos á *Resurrección* (drama) el mismo éxito de *Resurrección* (novela).—Precio: una peseta.

## GÉNERO ÍNFIMO



Tiene una voz de carraca,  
más luce cedosas medias  
y ya tiene lo bastante  
para ser toda una estrella.

## Correspondencia

*L. de S. A.*—Encuentro sus trabajos demasiado subidos de tono para este periódico, cuyo objetivo es el de que sea admitido en todas las casas, sin el menor reparo.

*Conde X.*—Adelantándonos á sus deseos, tenemos pedida colaboración á muchos distinguidos literatos sudamericanos. Con el tiempo podrá convencerse de ello. Gracias por sus avisos cariñosos.

*P. y P. y W.*—¡Qué lástima que la índole de sus artículos no corresponda á la significación de su pseudónimo!

*Paca y Paco.*—Puede enviar la firma.

*Zig-Zag.*—Confieso humildemente que hasta ahora ignoraba que *amante* y *eminente* tuviera el empingorotado honor de ser consonantes. ¿Desde cuándo?

*Restituto.*—No puede ser, amigo Restituto. Y crea usted que lo siento.

*Amancio.*—Esas poesías estaban muy en moda, por la época de Recesvinto.



1.—Ya verá usted como al medio día han rematau los piones en ese campo, y nos himos ahorrau unas cuantas pesetas.  
—Ya sé yo que tú manejas mu bien la hacienda, y que si no fua por ese maldito vicio del vino, serías un gran yerno



2.—¡Rediez! Si usted no fuera tan machacona tamién sería una suegra mu regularcica. Ya l'hi dicho á usted que m'hi confesau y l'hi dau palabra al señor cura de no emborrachame más.



3.—Y ¿cómo se va á hacer ese milagro?  
—Hi prometido al confesor no llevar encima ni un céntimo. Yo sólo bebo en la taberna, y ya sabe usted que no soy capaz de tomar nada al fiau.



4.—Me paice muy bien; veremos si lo cumples. Pero, chico, ¿cómo ha crecido el río! ¡Si no se ven las pasaderas!  
—Ande usted, súbase á mi espalda, todo es cuestión de que yo me moje las alpargatas.



5.—Rediez, agüela, ¿qué ruidecico es ese? Paice que lleva usted cascabeles.  
—¡Quiá! El rosario y unas perras que llevo en el bolsillo.



6.—¿Perras? Lo siento mucho, agüela, pero en conciencia no puedo hacer otra cosa. Ya sabe usted que no puedo llevar encima ni un céntimo.

F. Giró, impresor.—Calle Valencia, 233, Barcelona.